

Carta preliminar en torno a la correspondencia de Rousseau y su apuesta «kantiana» por una primacía moral

«Atacó la tiranía con franqueza, habló con entusiasmo de la divinidad; su elocuencia enérgica y proba describió con ardor los encantos de la virtud. ¡Ah, si hubiera presenciado esta revolución de la que fue precursor y que le ha llevado al panteón, quién puede dudar que su alma generosa hubiese abrazado con arrebató la causa de la justicia y de la igualdad!»

(Robespierre, *Elogio de Rousseau ante la convención* –7.5.1794; CC 8169, vol. XLVII, p. 238.)

1. En el apogeo del género epistolar

Desde luego, el género epistolar está de capa caída. No cabe duda. Los avances tecnológicos arrasan a veces con algunas buenas costumbres, como era el caso de las tertulias o de la correspondencia. Nuestros mayores, cualquiera que fuese su nivel cultural y, al margen de su condición social, practicaban el arte de la conversación. Los más cultos quedaban en los cafés y los menos favorecidos por la fortuna se reunían en el portal de su casa, simplemente para charlar. En cambio, hoy en día los adolescentes marchan por la calle unidos por unos cables, compartiendo audiciones musicales, cuando no están colgados de su teléfono móvil, ignorando cordialmente la presencia de quien camina junto a ellos haciendo exactamente lo mismo.

Quienes recordamos nuestra juventud evocando ya décadas, y no simplemente años, tuvimos la suerte de recibir y escribir cartas. Cuando el amigo estaba haciendo su servicio militar en una despoblada isla o se tenía lejos a la novia por uno u otro motivo, aunque fuera por un lapso relativamente breve, se daba trabajo al servicio de correos. Abrir el buzón era una verdadera gozada. En lugar de los recibos del banco y las múltiples propagandas que uno tira sin mirar tan siquiera, con cierta frecuencia había una carta escrita por un buen amigo, tu pareja o algún familiar. Aquello daba en ocasiones para varias horas de grata lectura, pues el número de folios era proporcional a la distancia que te separaba del ser querido y al tiempo transcurrido desde la última vez que se le había visto personalmente.

Ahora la telefonía portátil y el ordenador han dado al traste con esa comunicación tan especial, distinta incluso de la que se mantenía habitualmente con los amigos y el entorno más próximo, pues redactar una misiva impone cierta interlocución con uno mismo que no siempre se verifica en el vis a vis. Aparte de dialogar con el otro, la correspondencia tradicional permitía frecuentar algo que no suele visitarse con asiduidad, cual es nuestro propio foro interno. Todo esto se ha ido al traste, viéndose paulatina e inexorablemente suplantado por esa especie de telegramas que remitimos a

través del correo electrónico o los mensajes enviados desde nuestro móvil. Ojalá logremos domesticar estas nuevas tecnologías y nos acostumbremos a utilizarlas para resucitar el sentido que tenía la correspondencia tradicional.

Antes de su vertiginoso declive, iniciado en las postrimerías del siglo XX y culminado en los albores de la presente centuria, el género epistolar gozó desde siempre de muy buena salud y con frecuencia sirvió para vehicular públicamente auténticos tratados de filosofía moral, como vienen a testimoniar entre los antiguos las *Cartas a Meneceo* de Epicuro, las *Epístolas morales a Lucilio* de Séneca o la *Correspondencia con Ático* de Cicerón, por no citar las debidas a Pablo de Tarso que integran el Nuevo Testamento. Con todo, este género alcanzará sin duda su cenit en el Siglo de las Luces, es decir, en el siglo XVIII. Las *Cartas inglesas* de Voltaire (1734) constituyeron todo un hito en este sentido, aunque contaban con precedentes tan insignes como la *Carta sobre la tolerancia* (1686) de Locke o las *Cartas persas* (1721) de Montesquieu.

La Marquesa de Sevigné se hizo pronto famosa con sus *Cartas relativas a la historia de Luis XIV* (1726) y algunos literatos publicaban sus novelas recurriendo al género epistolar, como hiciera Choderlos Laclos en su el relato —inmortalizado por la versión cinematográfica de Stephen Frears— titulado *Las amistades peligrosas, o cartas recopiladas en una sociedad y publicadas para la instrucción de otras sociedades* (1782). Laclos y otros muchos quizá siguieran en esto la estela del propio Rousseau, quien cosechó su mayor éxito editorial con una novela cuyo subtítulo conviene recordar aquí: *La nueva Eloísa. Cartas entre dos amantes que moran en una pequeña ciudad al pie de los Alpes, recogidas y publicadas por J.-J. Rousseau* (1761). Además, durante años proyectó una nueva novela epistolar, titulada *Emilio y Sofía, o los solitarios*, de la que sólo llegó a escribir dos primeras cartas —editadas en castellano por Julio Seoane.

Basta repasar someramente, sin ánimo de ser exhaustivos, el índice de sus *Obras completas*, para constatar la notable devoción que Rousseau profesó al formato del género epistolar entre sus publicaciones: *Carta sobre*

la música francesa (1753), *Carta a D'Alambert, sobre los espectáculos* (1758), *Carta a Cristophe de Beaumont, arzobispo de París* (1763), *Cartas escritas desde la montaña* (1763) o *Cartas elementales sobre botánica* (1771-1773), de las cuales por cierto aquí se incluye la primera, que inicia esa serie, aun cuando es la última de las cuarenta y cuatro cartas incluidas en este volumen que los lectores tienen entre sus manos. En la presente antología no se incluye ninguna otra de las recién enumeradas, pero sí están otras tan relevantes como la *Carta de Rousseau a Voltaire* (1756), donde se comenta la polémica en torno al optimismo suscitada por el desastre del terremoto de Lisboa, las *Cartas a Malherbes* (1762), en que Rousseau esboza el autorretrato culminado por *Las confesiones* o lo que supone, sin lugar a duda, el eje central de la presente selección. Me refiero a esas *Cartas morales* (1758) que con toda certeza nunca fueron recibidas por su presunta destinataria, Sofía d'Houdedot, de quien Rousseau se había enamorado apasionadamente sin que se viera correspondido en absoluto por su amada.

2. Ediciones utilizadas o consultadas para esta versión castellana

El caso es que Rousseau mantuvo a lo largo de su vida una copiosa correspondencia, la cual arroja un saldo bien espectacular. Su *correspondencia completa*, publicada por la Voltaire Foundation entre 1965 y 1998, ocupa nada menos que 52 tomos —quedando los tres últimos dedicados a distintos índices— y comprende un total de 8.386 cartas, ya que, a partir del volumen 41 y hasta el 49, se recogen cartas y documentos posteriores al óbito de Rousseau, muerto el 2 de julio de 1778. Esta documentación «póstuma», que llega hasta el año 1806 y cuya última carta incluida es del mismísimo Napoleón, arroja siempre alguna luz sobre los avatares biográficos de Rousseau o el influjo de su obra, según constata el encendido elogio que le dedicó Robespierre y que he puesto como lema de la presente carta

preliminar. Sólo en los primeros cuarenta volúmenes nos encontramos con 7.180 cartas, de las cuales unas 2.700 fueron escritas por el propio Rousseau y el resto por su legión de correspondientes, así como por otras personas que se refieren a él en su correspondencia con un tercero. Lo asombroso es que la magnífica edición de su *Correspondencia completa* fue una empresa personal, iniciada por Ralf Alexander Leigh (1915-1987) en 1965 y que prosiguió infatigablemente hasta su muerte, acaecida cuando el tomo 47 ya estaba camino de la imprenta.

Esta *Correspondencia completa* (identificada siempre con la sigla CC) ha servido como edición de referencia para la presente versión castellana, en la que los números romanos y arábigos consignados entre paréntesis triangulares (< >) remiten, respectivamente, al número de tomo y de página que cada carta traducida ocupa en esa monumental edición, cuyo aparato crítico también se ha rentabilizado. Además, entre paréntesis y con letra negrilla queda reflejado el número de orden asignado a las cartas por Leigh y que permite identificarlas con mucha facilidad. En el caso de las *Cartas morales* este mismo sistema (los paréntesis triangulares) remite al tomo y la página de las *Obras completas* (OC), cuyos cinco volúmenes fueron publicados en Gallimard entre 1959 y 1995, bajo la dirección de Bernard Gagnebin y Marcel Raymond. Las *Cartas morales* aparecieron en 1969 y su texto quedó a cargo de Henri Gouhier.

Sin embargo, la selección propiamente dicha se ha visto guiada por una reciente antología publicada por Jean-François Perrin en 2003 bajo el rótulo de *Cartas filosóficas* y de la que también se han aprovechado sus notas, así como la idea de poner una pequeña entradilla, que va entre corchetes y con letra cursiva, cuya misión es contextualizar e introducir cada carta. En la bibliografía se recogen también algunas traducciones previas de unas u otras cartas de Rousseau, cual es el caso de las *Cartas a Sofía* (1999) editadas por Alicia Villar o la correspondencia incluida en los *Escritos polémicos* (1994) reunidos por José Rubio Carracedo. Por otra parte, debo reconocer mi deuda con Mauro Armíño, quien ha traducido en Alianza los principales

textos de Rousseau, a la hora de ordenar los datos que contiene mi cronología.

3. Un autor sumamente polifacético

Ciertamente, pocos pensadores podrían presumir de ser tan polifacéticos como Rousseau. Consumado autodidacta desde muy pequeño, nuestro autor estudió y enseñó música, pretendió revolucionar el sistema de anotación musical, compuso un *Diccionario de música*, estrenó con éxito la ópera *El adivino de la aldea*, hizo sus pinitos en el campo de la poesía, escribió algunos cuentos además de pequeñas piezas teatrales, colaboró con la *Enciclopedia* sobre temas bien diversos, entre los que cabe destacar su artículo sobre la *Economía política*, revisó, resumió y criticó los escritos del abate de Saint-Pierre, alcanzó una gran notoriedad como novelista con *La nueva Eloísa* (1761) y al final fue cobrando una creciente afición por el estudio científico de las plantas, hasta el punto de llegar a redactar unos *Fragmentos para un diccionario de botánica*.

Todo ello, por descontado, al margen de su faceta más conocida, la del ensayista que publicó en vida estrictamente cuatro libros, a saber, el galardonado y polémico *Discurso sobre las ciencias y las artes* (1751), el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1755), *Del contrato social, o principios del derecho político* (1762) y *Emilio, o de la educación* (1762) —cuyo cuarto libro incluye *La profesión de fe del vicario saboyano*—. Pues los *Diálogos* titulados *Rousseau, juez de Jean-Jacques* (1782), las *Ensoñaciones de un paseante solitario* (1782) y *Las confesiones* (1782-1789) fueron textos que sólo se publicaron póstumamente varios años después de su muerte (1778).

A decir verdad este carácter tan polifacético le granjeó un curioso destino. Los filósofos le creen demasiado literario y los novelistas parecen juzgar que sus escritos acaban resultando excesivamente filosóficos. Así las cosas,

todos le citan, desde luego, mas no tantos han leído de cabo a rabo sus textos y son muy pocos quienes conocen globalmente su obra, como si no cupiera conectar entre sí sus distintas facetas de compositor, crítico musical, botánico, dramaturgo, biógrafo de sí mismo, politólogo, novelista, filósofo de la religión o pensador ético, cuando en realidad cada una de tales vertientes tiene un influjo decisivo sobre las demás. Eso es justamente lo que propicia leer su correspondencia: encontrarse al mismo tiempo y sin solución de continuidad con toda esa complejidad que nutre su pensamiento.

Cuando hace ahora una década publiqué mi edición del *Antimaquiavelo* (1995), tuve ocasión de comprobar lo gratificante que resulta bucear en la correspondencia del siglo XVIII y, de hecho, aquella introducción (matriz de mi libro sobre *La quimera del rey filósofo*, 1997) se redactó gracias a la correspondencia mantenida entre Voltaire y Federico II de Prusia. Pues bien, les aseguro que las cartas de Rousseau han superado aquella grata experiencia y no se arrepentirán en absoluto de consagrar algún tiempo a su siempre sugestiva lectura.

4. Una portentosa elocuencia nada espontánea

Si algo sorprende cuando se lee a Rousseau, es el hechizo de su pluma. Sin ir más lejos, Kant, que devoró en cuanto llegaron a sus manos el *Emilio* y *Del contrato social*, anotó estas reflexiones: «La primera impresión de quien lee los escritos de J.-J. Rousseau con un ánimo distinto al de matar el tiempo es la de hallarse ante una mente inusitadamente sagaz que cuenta con la noble inspiración del genio y ante un alma sensible en tan alto grado como quizá nunca haya poseído ningún escritor de cualquier época o lugar. En un segundo momento, le asaltará la perplejidad suscitada por sus paradójicos y singulares puntos de vista, tan contrapuestos a los tópicos habituales que uno se pregunta si este autor no consagra tan extraordinario talento sino a esgrimir la fuerza mágica de su elocuencia, en aras de una cautivadora originalidad cuya

penetrante agudeza le hace descollar entre todos y cada uno de sus rivales. Una tercera meditación impone aleccionar a la juventud para que venere al entendimiento común mediante principios lógicos y morales» (Ak, XX, pp. 43-44). Fascinado por su cautivadora elocuencia, Kant se impuso a sí mismo la tarea de «releer continuamente a Rousseau hasta que la belleza de su estilo no me distraiga y pueda estudiarlo ante todo con la razón» (Ak., XX, p. 30).

Cuando esboza su propio retrato ante Malherbes, Rousseau se muestra consciente de tener cierta elocuencia que atribuye a una íntima persuasión. Su carrera como escritor se habría iniciado durante un célebre paseo cuyo relato no tiene desperdicio: «Me dirigía a ver a Diderot, encarcelado por aquel entonces en Vincennes; llevaba en mi bolsillo un ejemplar del *Mercurio de Francia* que me puse a hojear a lo largo del camino. Vi la pregunta planteada por la Academia de Dijon que dio lugar a mi primer escrito. Si en alguna ocasión se ha dado algo semejante a una inspiración súbita, ésta fue la conmoción que produjo en mí esa lectura: repentinamente sentí mi mente deslumbrada por un millar de luces; un sinfín de ideas vivaces compareció a la vez con una fuerza y una confusión que me precipitó en una inefable turbación; sentí cómo mi cabeza era presa de un aturdimiento similar a la ebriedad. Una violenta palpitación me oprimía y agitaba mi pecho; incapaz de respirar caminando, me tumbé bajo uno de los árboles de la avenida. Si hubiese podido escribir una cuarta parte de lo que vi y sentí bajo ese árbol, con cuánta claridad hubiera hecho ver todas las contradicciones del sistema social, con qué fuerza hubiera expuesto todos los abusos de nuestras instituciones, con qué simplicidad habría demostrado que el hombre es bueno por naturaleza y sólo se vuelve malo merced a esas instituciones. Todo cuanto pude retener del tropel de grandes verdades que me iluminaron durante un cuarto de hora bajo ese árbol fue pálidamente esparcido en mis tres escritos principales, a saber, ese primer *Discurso*, el de la desigualdad y el tratado sobre la educación, tres obras que son inseparables y forman un conjunto unitario. ¿Acaso poseía yo algún talento para escribir? No lo sé. Una vivaz persuasión me ha procurado siempre cierta elocuencia» (núm. 24; CC 1633, X, p. 26).